mite de este perfeccionamiento hácia el cual gravita todo el universo, ¿no percibimos á todas las criaturas sentadas frente á frete delante de Dios, satisfechas en todos sus deseos, ilustradas en toda su ignorancia, así como incapaces de sentir ni fé ni esperanza, mas que aquel que sabe todo y todo lo puede, y absortas sin distraccion en el amor lleno de beatitud que las une al Creador y á la creacion entera? Pero el goce efectivo de este paraíso no puede ser atribuido mas que al que permanece en el cielo y no se mueve; y que cubriendo la eternidad, con una mano, toca el orígen de las cosas, y con la otra su fin. Así, pues, el asilo del reposo absoluto no es una realidad, sino un límite, y el juicio final no está en el tiempo, sino fuera del tiempo. De aquí el error de los cristianos, que extraviados por su temeraria precipitacion, hácia la consumacion final, se han visto reducidos á tapar, con la monstruosa invencion del infierno, los huecos que su imprudencia habia cavado en el Cielo."

Juan Reynaud, como se ve, es uno de los mas grandes precursores del advenimiento espiritual y de la fé nueva. Demos, terminando, la síntesis notable y lucida que él mismo ha hecho de sus opiniones en teodicea; pero ántes y para que se comprenda bien todo su alcance, necesitamos explicar lo que el filósofo ha dicho de la cuestion del recuerdo en la inmortalidad. El cree nuestras almas hechas de tal manera, que las impresiones mas ligeras que han sido recibidas durante sus

existencias sucesivas, lo mismo que las mas fuertes, permanezcan en ellas y se vuelvan á encontrar, ó mas exactamente, permanezcan y se encuentren en su cuerpo espiritual y plástico, designado por Moisés y por el Zohar bajo el nombre de *Rouhan*, el Espíritu de las vidas (*Spiritus vitarum*).

Nuestra historia, concluye de aquí Juan Reynaud, no está, pues, solamente en el libro de la vida, de que habla el Apocalipsis, puesto en manos de los ángeles y de Dios; está en nuestra propia sustancia, es decir, en la parte quintesenciada de nuestro ser, y esta parte es como la *libreta* que llevamos con nosotros de grado en grado á travez de los mundos. Solamente que no podemos leer en ella sino despues del desarrollo suficiente, sobre lo cual Juan Reynaud va á dar una explicacion en seguida. Pero ¿cómo esta conservacion, esta reaparicion del recuerdo será posible? El autor la hace concebir muy bien por medio de ejemplos tomados de nuestra experiencia puramente terrestre. Citémosle á este propósito:

"Esto es sobre lo que, dice, nuestra propia experiencia nos da la confirmacion. ¿Hay en los órganos, por medio de los cuales estamos hoy en comunicacion con el universo, no digo simplemente una molécula, pero ni una sola forma que haya pertenecido á los órganos de que hemos servido en nuestra infancia? Desde entónces ¿cuántos cuerpos nuestra facultad vital ha reunido, usado y disipado? Y sin embargo, ¿á pesar de to-

dos estos cambios, nuestra alma no conserva la memoria? ¡Cuántas cosas en que no habia pensado desde hace años, que yo habia dejado caer completamente en el olvido, y que repentinamente, con motivo de los lugares ó de las personas, ó por un esfuerzo de atencion se despiertan y aparecen en mí! ¡No hay en esto un indicio de lo que es susceptible de producirse mas tarde en proporciones sublimes? No obstante estas interrupciones aparentes que nos hacen tanto efecto, y que el vulgo llama temblando la muerte, nuestra vida, considerada no el viaje de un dia al cual las preocupaciones de nuestra educacion la reducen, sino en la línea infinita, es en el fondo tan continua en todo su desarrollo, como en el corto periodo que se nos ofrece á descubierto, entre la cuna y la tumba. Los accidentes, cualesquiera que sean, que afectan nuestro vestido corporal, no son jamas sino secundarios. No cesamos, en el curso de nuestra vida, de cambiar de vestido de dia en dia, pero pieza á pieza, miéntras que al fin, cambiamos todo á la vez y léjos de la vista de aquellos que nos rodean; hé aquí toda la diferencia: esto es, una cosa, que de lo alto de estas estaciones elevadas, el alma no debe ver mas que como una de las singularidades de su pequeña edad: extraña en adelante á tales miserias, contempla el recuerdo de estas y vuelve sonriendo á tomar su vuelo hácia la inmortalidad."

Pero ¿con qué condiciones el alma vuelve á adquirir el recuerdo de todo su pasado? Nuestra filosofía dis-

tingue dos períodos: aquel que, como decian los druidas, se cumple en el mundo de los viajes y de las pruebas de que la Tierra parte [cycl ir abred], y aquel en que, libres en fin, de las miserias y de las visicitudes de la vida, proseguimos nuestros destinos en el círculo de la felicidad siempre creciente y progresiva [cycl y gwinfid]. En el primero, hay eclipse de memoria *á cada paso á un medio nuevo* aunque haya en ello una continuacion mas ó ménos perfecta, durante cada intervalo de reposo: en segunda, cualquiera que puedan ser las mudanzas y las transfiguraciones de la persona, el recuerdo se conserva y dura pleno y entero. Esta teoría es la que por completo hemos adoptado (como se verá mas léjos) en todas nuestras obras, y la que forma la base del sistema de Juan Reynaud, es la que sirve de fundamento á sus creencias, que reasume así:

"La Teódica que he ensayado compendiar bajo el título de *Tierra y Cielo* es muy cencilla, y para acabar de esclarecerla, me bastará hacer la síntesis de ella. Héla aquí en dos palabras: Reflexionando sobre el espectáculo del universo, tal como se nos presenta del punto de vista de los tiempos modernos, me parece que nuestro Espíritu se encuentra naturalmente conducido á representarse que existe, en las capacidades de la extension, una primera série de mundos mas ó menos análogos á la Tierra, en los cuales las almas, al fin de la carrera sin límites que se abre ante ellas, aun débiles y no adheridas á Dios muy fuertemente,

se encuentran expuestas al régimen de la tentacion, y sucumben ó triunfan de ella, se perfeccionan poco á poco, de un mundo al otro, en medio de pruebas siempre proporcionadas al grado de debilidad y culpabilidad, y llegan finalmente, despues de trabajos mas ó ménos prolongados, á merecer ser admitidas en los mundos de la alta série. Allí se produce la libertad definitiva de todo mal; el amor del bien reina en adelante con tal peder que ninguno vuelve á desmerecer, y que todos, al contrario, animados del deseo de elevarse, y secundados en sus esfuerzos por la gracia incesante de Dios y el concurso de las sociedades bienaventuradas en cuyo seno viven en todos los esplendores de la naturaleza, despliegan con este fin la actividad de todas sus virtudes, y se aproximan por un progreso continuo, mas ó ménos rápido segun la energía de cada uno, al tipo infinito de la perfeccion."

Como se ve, estas composiciones están llenas de grandeza y de verdad. Juan Reynaud ha tenido muchos adeptos entre los pensadores distinguidos de nuestra época. Solo mencionarémos á algunos: Ronzier Joly que ha escrito una bella obra *Horizontes del Cielo*, Pelletan que ha desarrollado algunas partes de la filosofía de Reynaud, en su *Profesion de fé del Siglo XIX*, y en sus *Horas de trabajo*; Henri Martin á quien es necesario no confundir con su homónimo es autor de una *Vida futura* cuyas conclusiones hemos combatido; Enrique Martin, de quien hablamos aquí, el autor de una de las mejores historias de Francia que hayan aparecido en nuestros dias, ha publicado en diversas revistas, principalmente en la *Revista de Paris*, artículos muy bien compuestos sobre Juan Reynaud, y en el tomo 1º de su grande obra, adopta abiertamente sobre el druidismo los elevados designios de su amigo.

Abordemos ahora y citemos largamente como uniéndose mas directamente á nuestro tratado la interesante obra de Camilo Flamarion, la *Pluralidad de los mundes habitados* de que ya hemos hablado en nuestro prefacio.

El autor se proclama abiertamente discípulo de Juan Reynaud, y con justo título. Este ilustre filósofo habia perfectamente comprendido la union que existe entre la ciencia astronómica viviente y su sistema sobre el orígen del destino del alma; pero no habia hecho mas que bosquejar, aunque por magníficas instrucciones, la cuestion de la pluralidad de los mundos, sobre todo en su establecimiento científico. Era necesario emprenderla por completo y asentar la verdad sobre inalterables fundamentos; era necesario reunir la autoridad de los estudios especiales al talento del pensador, para sacar las consecuencias morales de las aseveraciones rigurosas y positivas del sabio. Flamarion era singularmente apto para llenar este doble papel; redactor de un diario científico muy estimado, y teniendo una posicion oficial en la ciencia astronómica, ha dado prueba, y vamos á justificarlo, de las otras cualidades deseadas. En cuanto á la parte científica, es de una

incontestable certidumbre, y sobre esto nada dirémos mas aquí. Todos aquellos que se interesen en la alta cuestion de nuestros destinos futuros, deberán meditar seriamente la obra de este astrónomo. Nos imitarémos á dar una idea de algunas apreciaciones filosóficas de un elevado alcance, por las cuales imprime el sello moral á su obra y opera la fusion, entrevista ya por grandes ingenios, entre la ciencia y la metafisica.

Hablemos desde luego de una muy grave cuestion que hemos tocado ya superficialmente, pero sobre la cual no será independiente volver con nuestro autor: "*¿Cuál ha sido la razon de la repulsion de la teología cristiana contra Copérnico y Galileo?* Dejamos la palabra á Camilo Flamarion, en su apéndice sobre el dogma cristiano.

"Esta razon grave, esta razon oculta, esta razon sorda, es la que hizo poner á Bacon, Copérnico y Deseantes en el Indice, es la que hizo desterrar á Campanella y la que hizo quemar vivo á Jordano Bruno en el campo de Flora, en Roma, por la eregía de la nueva ciencia del mundo. Esta razon es la que habia hecho encarcelar al Jesuita Fabri, porque, en un discurso sobre la constitucion del mundo, habia dicho que el movimiento de la Tierra una vez demostrado, la Iglesia desde luego deberia interpretar, en un sentido figurado, los pasajes de la Escritura que á él se oponen.

"Esta razon, es aquella que, tres años despues de la

muerte de Galileo, animaba al R. P. Le Carre, rector del Colegio de Dijon, cuando procuraba apartar á Gassendi de la creencia en el movimiento de la Tierra y en la pluralidad de los mundos por la carta que sigue.

"Pensad, dice, menos en lo que tú mismo piensas, que en lo que pensarán la mayor parte de los demas, que arrastrados por tu autoridad ó por tus razones se persuadan de que el globo terrestre se mueve entre los planetas. Ellos concluirán desde luego, si la Tierra es sin duda alguna, uno de los planetas; *como tiene sus habitantes, es muy de creerse que los hay tambien en los otros, y que no falten en las estrellas fijas, y que estos sean allí de una naturaleza superior*, y en la misma medida que los otros astros sobrepujan á la tierra en magnitud y en perfeccion. De ahí se levantarán dudas sobre el Génesis, que dice que la Tierra ha sido hecha antes que los astros, y que estos últimos no han sido creados sino en el cuarto dia, para alumbrar la Tierra y medir las estaciones y los años. Por consiguiente, *toda la economía del Verbo encarnado y la verdad evangélica se harán sospechosos.*

¿Pero qué digo? Así sucederá con toda la fé cristiana, que supone y enseña que los astros han sido producidos por el Dios creador, no para la habitacion de otros hombres ó de otras crlaturas, sino solamente para alumbrar y fecundar la Tierra con su luz. Ya vez, pues, cuán peligroso es que estas cosas se extiendan en el público, sobre todo para los hombres actuales que, por su autoridad parece imponer fé en esto."

"No ha faltado, pues, razon para que desde el tiempo

de Copérnico, se haya opuesto siempre á este error; y que muy recientemente aun, no algunos cardenales, como dices, sino el jefe supremo de la Iglesia, por un decreto pontifical, la ha condenado en Galileo y ha muy santamente [*Sanctissime*] prohibido ensañarla de viva voz ó por escrito."

"Si, nuestra filosofia de la pluralidad de los mundos, que se entreveia desde la aurora copernicana, parecia inconciliable con el dogma cristiano; hacia sospechosa la economía del Verbo encarnado," y una voz sola no se ha levantado en su favor que no haya sido inmediatamente amordazada por medida de prudencia Despues de tres siglos, nuestra doctrina, asentada sobre el granito de la ciencia, se ha consolidado, miéntras que el Juicio de la corte de Roma se ha debilitado por la edad; los cristianos pueden decir hoy lo que Fontenelle no se atrevió á avanzar: que los habitantes de los planetas son hombres; y no se es herético por el solo hecho de la creencia en el movimiento de la Tierra; tenemos amigos en el Colegio Romano, que observan los continentes de Marte, y que creen en la pluralidad de los mundos.

"Tiempo vendrá en que todos los Espíritus instruidos é independientes, habrán sabido libertarse de las preocupaciones que pesan aun sobre nuestras cabezas, y confesarán con el acento de una conviccion inalterable, la doctrina de la pluralidad de los mundos.

"La dificultad del misterio cristiano ha sido desde luego expresada como sigue: Si se admite la pluralidad de las tierras habitadas y la de las humanidades,

es necesario admitir, ó que estas humanidades han permanecido fieles á la ley de Dios, y no han necesitado del descenso del Redentor, ó que han pecado como la nuestra y han debido ser rescatadas. En el primer caso, estas humanidades impecables, puras y libres de la materia, están por lo mismo libertadas, en nombre del dogma, de la ley, del trabajo; y desde luego su desarrollo parece imposible; parece que sean séres sin objeto de perfeccionamiento, sin fuerza de actividad.

"En el segundo caso, si estas humanidades han pecado como la nuestra, y han debido ser rescatadas, el privilegio prestigioso de la redencion pierde su grandeza, por que se encuentra repetido para millones de millones de tierras semejantes á la nuestra, y cae en la ley comun: hace parte del órden general; su esplendor sin segundo está eclipsado, y con ella el esplendor divino de que estaba rodeada."

Pero el autor combate este último argumento de una manera sólida y añade:

"Sin razon alguna se presentaría la Tierra como indigna de la atencion divina, á causa de la multitud innumerable de los mundos que bogan en el seno del espacio; la presencia universal é idéntica de Dios envuelve la creacion como el Océano hace con una esponja, la penetra y la llena, es la misma en cada lugar y su carácter de infinidad le está inviolablemente unido. La providencia es tan infinita para el átomo como para la Vía Láctea, ni ménos providente, ni mé-

nos sábia, ni ménos poderosa: infinita, en una palabra; en el sentido único dado á este carácter."

"En cuanto á la objecion de que el cristianismo sería comprometido por la doctrina de la pluralidad de los mundos, si nuestros lectores nos han entendido y nos han seguido hasta aquí, comprenderán que no es mas que el cristianismo grosero y aniñado, el sendo cristianismo, el que se cree atacado, y no el verdadero y universal cristianismo.

"En efecto; Dios interviene en todas partes por sus Mesías, sus precursores, sus profetas, sus misioneros, encarnados ó espirituales, en los mundos superiores, lo mismo que en los intermediarios y los inferiores; hemos expresado nuestras ideas sobre el plan divino de la educacion humanitaria: este plan se reproduce con una variedad infinita y con los cambios necesarios en todos los globos; es en todas partes proporcionado á la necesidad de las edades y al progreso de las humanidades."

No hay sino aquellos que creen locamente que la Tierra es el mas grande de los mundos materiales, que puedan reparar esta doctrina verídica de la pluralidad de los mundos. Flammarion piensa y prueba, como Ballanche y otra multitud de pensadores, que nuestro pobre planeta es de los mas miserables y de los mas ínfimos.

Hace resaltar en estos términos en la parte filosófica de su libro, la grandeza de las consecuencias de esta exacta contemplacion del universo:

"Pongámonos en presencia de la universalidad de los mundos. ¿Quién nos dice que estos mundos y sus humanidades no forman en su conjunto una série, una unidad jerárquica, desde los mundos en que la suma de las condiciones dichosas de habitabilidad es mas pequeña hasta aquellos en que la naturaleza entera brilla en el apogeo de su esplendor y de su glória? ¿quién nos dice que la grande humanidad colectiva no está formada por una continuacion no interrumpida de humanidades individuales colocadas en todos los grados de la escala de la perfeccion? Bajo el punto de vista científico esta es una deduccion que se deriva naturalmente del espectáculo del mundo; bajo el punto de vista de la razon, no se podria rehusar que esta manera de apreciar el sistema general del universo sea preferible al que se contentaria con considerar la creacion como una aglomeracion confusa de globos poblados de séres diversos, sin armonía, sin unidad y sin grandeza.

"Decimos mas, el que ve un caos en la obra divina ó en una parte cualquiera de esta obra, se acerca á la negacion de la inteligencia ordenadora; mientras que reconoce lael que ve una unidad en las creaciones del cielo, como de la Tierra, comprende la naturaleza, expresion de la voluntad divina.

"Si el mundo intelectual y el mundo físico forman una unidad absoluta, si el conjunto de las humanidades siderales forma una série progresiva de séres pensantes, desde las inteligencias de abajo, apenas salidas de las mantillas de la materia, hasta las divinas potencias

que pueden contemplar á Dios en su gloria y comprender sus obras mas sublimes, todo se explica y todo se armoniza; la humanidad terrestre encuentra su lugar en las gradas inferiores de esta vasta jerarquía, y la la unidad del plan divino queda establecida.

"Vislumbrada en esta luz, nuestra mansion terrestre está despojada de esta envoltura disparatada, que nos impedia reconocer su lugar en el seno de la obra divina; la vemos á descubierto y comprendemos su papel; estando léjos del sol de la perfeccion, está mas oscura que otros, este es un lugar de trabajo adonde se viene á perder una poca de ignorancia originaria y á elevarse un poco hácia el conocimiento; siendo el trabajo la ley de la vida, es necesario, que en este universo donde la actividad es la funcion de los séres, se nazca en estado de simplicidad y de ignorancia, es necesario que en mundos poco avanzados se comience por las obras elementales; es necesario que á mundos mas elevados se llegue con una suma de conocimientos adquiridos; es necesario, en fin, que la felicidad á que todos aspiramos sea el precio de nuestro trabajo y el fruto de nuestra aplicacion. Si hay "muchas moradas en la casa de nuestro Padre," estas no son otras tantas camas para descansar, sino muchas mansiones donde las facultades del alma se ejercen en toda su actividad y con una energía tanto mas desarrollada; estas son regiones cuya opulencia se aumenta á medida, y donde se aprende á conocer mejor la naturaleza de las cosas, á comprender mejor á Dios en su poder, y á mejor adorarlo en su gloria y su esplendor."

Esta página chispeante, en que la exactitud del pensamiento se une á la belleza de la expresion, da una idea suficiente del talento del autor.

Hé aquí, en el mismo órden de ideas, otras apreciaciones que en nada ceden á las primeras.

"No podemos excusarnos de decir aquí cuán dulce es ver al universo tal como lo vemos ahora, en su belleza real, en su grandeza, en su objeto y su destino. Las nubes que lo oscurecian se han disipado, nuestros ojos están purificados de las causas que hacian confusa nuestra vision, y contemplamos en su claridad natural la obra sublime de la creacion. Porque esta revelacion de la ciencia lleva en sí los caracteres de la verdad. Ella colma las aspiraciones innatas de nuestra alma y satisface las afecciones de nuestro corazon; este es un privilegio que solo pertenece á la verdad. Cuando hemos concebido una vez, esta idea de la creacion, nada puede apartarnos de ella, nada puede arrancar la de nuestra simpatía, que ha conquistado desde el primer instante, sentimos que toca á nuestros destinos supremos, á nuestros intereses mas caros, á todas las funciones de nuestro sér, comprendemos en ella la ley sagrada que á todos nos domina, no con una pesada dominacion á que se desearia sustraer, sino con una dominacion bienhechora que asegura nuestra libertad: nuevo privilegio que no podria pertenecer sino á la sola verdad. Por esta ley, los atributos inviolabtes de la Divinidad se ven asegurados al mismo tiempo, que los